



CÉSAR SILVA MÁRQUEZ

Una isla sin mar

LITERATURA RANDOM HOUSE

Así, [...], cuando se pone el sol y me siento en el viejo y destrozado malecón contemplando los vastos, vastísimos cielos [...] y se mete en mi interior toda esa tierra descarnada que se recoge en una enorme ola precipitándose sobre la Costa Oeste, y todas esas carreteras que van hacia allí, y toda la gente que sueña en esa inmensidad, y sé que [...] ahora deben de estar llorando los niños en la tierra donde se deja a los niños llorar, y esta noche saldrán las estrellas [...], y la estrella de la tarde dedicará sus mejores destellos a la pradera justo antes de que sea totalmente de noche, esa noche que es una bendición para la tierra, que oscurece los ríos, se traga las cumbres y envuelve la orilla del final, y nadie, nadie sabe lo que le va a pasar a nadie excepto que todos seguirán desamparados y haciéndose viejos...

En el camino, JACK KEROUAC

Entonces ocurrió la revelación. Marino vio la rosa, como Adán pudo verla en el Paraíso, y sintió que ella estaba en su eternidad y no en sus palabras.

«Una rosa amarilla», BORGES

LA ORILLA

Así era el sueño. Me vestía con un pantalón de mezclilla y una camiseta naranja; en los sueños se dice que uno no puede leer, así que sólo recuerdo al frente de la camiseta unos garabatos negros sin ningún sentido. Eran las siete de la mañana y el calor comenzaba a colarse por las puertas y las mínimas rendijas de las ventanas. Me lavaba el rostro con agua tibia. Me peinaba y veía mi reflejo borroso, mis ojos parpadear, las gotas de agua acumularse en las pestañas, atravesar las mejillas y caer al lavabo sin ruido alguno. La mañana olía a árboles sacudidos por los frescos vientos que vienen del desierto; cada madrugada el sol empuja el frío hasta la ciudad, que más que helado es un sople agradable que despereza. Respiré profundamente y mi reflejo se limitó a mirarme, por un instante pensé que eso era incorrecto, pero no me asusté, no me pareció impertinente, era un sueño; sin más, aparté los ojos y regresé a mi cuarto; en mi buró aún estaba la foto de Eme, tomé una mochila repleta de ropa, al menos eso es lo que pensaba que había dentro. Calcé mis zapatos negros recién lustrados y me dirigí a la puerta de la recámara, esa era la última vez que estaría en mi cuarto, lo miré de reojo, volvía a suspirar e imaginé mi reflejo inmóvil en el baño. Mi lengua se paseaba por mis dientes, sentí los filos de las muelas, las puntas de mis colmillos y salí. En el sueño tenía diecisiete años. La recámara era la misma donde crecí, con su ventilador de madera polvoriento y de aspas retorcidas por el calor y los años. En la pared de la izquierda, la televisión y, junto a ella, un peinador de pino con una luna empañada; había libros sobre la cama y regados por el piso que llegaban hasta el armario. Estaba seguro de a dónde me dirigía, la firmeza de mis pasos indicaba que sólo necesitaba abrir las puertas para continuar adelante. No se oía ni un ruido. Uno reconoce la presencia de las personas aun y cuando estén en otros lados de la casa, podrán estar durmiendo o fuera de vista, pero ahí están; y en mi hogar onírico, no había nadie. Bajé las escaleras. Aparte de mi mochila me percaté de que traía un par de libros en la mano izquierda. Abrí la puerta hacia la calle, la luz solar era tan intensa que me deslumbró, llenó el espacio, cubrí mis ojos con los libros.

Despierto.

Son las seis. Como es de esperarse no hay nadie más en mi cama. Me esfuerzo en recordar el sueño. Eme y yo habíamos terminado hace más de seis meses. Desde entonces no sé de su paradero. Un gorrión cantando en la rama de un olmo me convence de que a nadie le importa aquello. El mundo gira en los tantos millones de centros que tiene. Permanezco otros diez minutos boca arriba, mal envuelto en la sábana.

Desayuno un pan tostado con mermelada de cereza. El café que bebo es de la última bolsa que quedaba en el apartamento; Eme lo trajo del puerto de Veracruz en un viaje de trabajo. Después de la discusión tan apasionada y el plato roto (en mi vida había quebrado algo por una riña tan estúpida; pero, ¿qué riña no lo es?), el café es lo único que me quita el mal sabor de boca de aquella pelea.

El grifo del lavabo de la cocina gotea, trato de cerrar el paso del agua con fuerza pero no lo consigo. ¡Pinche llave! Le digo al lavabo y una risilla socarrona me dice que aquello es ridículo. Me quedo en silencio con la taza de café calentándome las manos, con un pan tostado rebosante de mermelada en la barra de la cocina, reblandeciéndose. Pienso en mi sueño. En él sabía a dónde me dirigía, abría las puertas y avanzaba, era lo único que aparentemente tenía que hacer. Le doy un sorbo al café y una mordida al pan. El perro del vecino husmea en los botes de basura. Un dálmata sucio que me provoca un poco de asco, desde aquí distingo una gran garrapata afebrada de su oreja.

De nueva cuenta intento cerrar la llave del grifo para que deje de gotear, pero entiendo que no tiene caso.

Tras lavarme los dientes salgo a la calle. En mi auto imagino la soledad de mi apartamento, estoy seguro de que es comparable a la soledad de mi antigua casa en el sueño. Una cáscara.

Junio es la puerta al insoportable calor que llegará en los últimos meses del verano. Al mirar el cielo y observar las formas de las nu-

bes, la dirección del viento, el vuelo de los pájaros, si uno es lo bastante perceptible, puede predecir los días pesados y lluviosos de agosto, los posibles treinta y ocho grados nocturnos que llegarán montados en cólera para dormir al pie de la cama.

Las noticias de la radio informan que ahora llueve en Querétaro y en la mayor parte del Bajío. Aquí, el cielo está tan seco. A pesar de la luz de la mañana, la luna se percibe claramente sobre mi cabeza.

Habían pasado tres meses sin pensar ni siquiera en su nombre y así, de pronto, había soñado con ella.

María Salgado, Eme, para mí y para sus amigos, es una mujer alegre que me gustaba ver sonreír. Cuando llegaba a mi apartamento era un placer recibirla, verla a contra luz porque su cuerpo fabuloso recortado frente a mí entre las cosas que la rodeaban (el umbral de la puerta, las plantas en el recibidor, el piso opaco y las paredes), parecía flotar. Siempre que vestía su pantalón de lino blanco, hombres y mujeres volteaban a mirarla hasta hacerme sentir incómodo. Hablaba y la ciudad se detenía para escucharla. Por eso es altiva y sinvergüenza. También tenía un vestido blanco que cuando lo llevaba puesto parecía ser la muchacha en la película *El último tango en París*, con Maria Schneider, interpretando a una joven de nombre Jeanne.

Frente a la computadora, recuerdo nítidamente la tarde que la vi por primera vez con ese vestido. Me invitó a pasar. Me ofreció una cerveza. Estábamos en su apartamento ruidoso de la Plutarco Elías Calles con los ojos sobre la ventana, enumerando los autos que pasaban. Le daba tragos pequeños a su cerveza mientras que yo intercambiaba mi botella vacía por una nueva en mitad del tiempo de lo que ella lo hacía. Era divertido verla dar esos sorbos. Teníamos dos semanas de habernos conocido pero esa tarde fue cuando tuve una clara noción de la mujer con quien pensaba compartir mi vida.

Cuéntame algo de tu niñez, me pidió ese día; oteaba la transitada calle con cuidado, la luz de afuera aclaraba el iris de sus ojos. Al principio pensé que los autos la habían hipnotizado, pero me estaba poniendo toda la atención del mundo. El vestido blanco parecía revelar sus piernas en vez de cubrirlas, era una muchacha menuda y larga. Lo hice. Fue cuando recordé la famosa e inquietante película de Bertolucci.

Qué te podré contar de mi madre, le dije y bebí un largo trago de cerveza. Ella era como una novela andando, comenté mientras miraba al exterior, tratando de dramatizar un poco más mi actuación, una historia de quinientas páginas, de esas que te gusta leer lenta-

mente; que te regodeas en lo que sucede y acabas extrañando al personaje y deseando que le sucedan más cosas terribles o fortuitas para que nunca acabes de leerla.

A Eme se le desdibujó la sonrisa, se quedó seria esperando que le contara más, la sombra del marco de la ventana dividía su rostro en dos.

Vivíamos en una granja cerca de Parral, le dije, mi padre era un borracho; yo hacía pausas largas para acordarme de la película, y me di cuenta de que esas pausas ambientaban la historia, le daban profundidad. Solía ordeñar las vacas, cada mañana y cada noche, empezando por las que se encontraban al fondo, que era donde menos frío hacía. Recuerdo que un día, cinco minutos antes de salir a una fiesta con una amiga, mi papá, más ebrio que nunca, me pidió que las ordeñara, me resistí. Ve y hazlo, me gritó, y a regañadientes entré al establo; hacía frío. Una noche antes había llovido con fuerza y la tierra se veía más oscura y revuelta que de costumbre; cada vez que pisaba, mis pies se hundían en el fango hasta casi desaparecer, el lodo hacía lo posible por dejarme inmovilizado. Por la prisa no tuve tiempo de cambiarme los zapatos antes de comenzar a trabajar así que se me apestaron de estiércol y no volví a utilizarlos. Aun y que me bañé, me imaginaba que todo lo impregnaba de ese penetrante olor.

A Eme la abrumé. Intenté recordar con detalle lo que Brando le dice a Maria en aquella escena donde ambos están desnudos sobre un viejo colchón, no sabía si lo había conseguido. Eme estaba pasmada. Miró fijamente al suelo como si ahí estuviera escrito lo que quería decirme; algo que yo no podía ver. Sus labios entre sonriendo y consternados, su perfil, ahí recortado con la luz de la tarde cayendo.

No te creo, es tan triste que no puedo creértelo. Es demasiado literario, me dijo como si se estuviera lanzando al vacío.

Nos reímos a carcajadas. Le platicué la fuente de mi relato. Prometió rentar la película para verla juntos. Nos entendíamos y era maravilloso estar a su lado frente a la ventana viendo pasar los autos

esperando que sucediera algo, ella sentada en el suelo y su sombra alargándose hasta la pared a sus espaldas, como una estalagmita de nada, creciendo por la acumulación de las gotas del tiempo, un tiempo que junto a ella lo pensaba dulce y armonioso; se movía y su estalagmita de sombra la imitaba, subía y bajaba con su respiración, tomaba otras formas. En las películas siempre es así, la vida está llena de sorpresas al dar la vuelta en la esquina. Pasan los minutos y algo importante le ocurre al personaje principal, un ángel se aparece, la mitad de su casa se derrumba, un globo rojo atraviesa el aire a mitad de un picnic, un borracho trata de robarte, un borracho, que sabrás, es su medio hermano y todo comienza cuando la sala de cine se oscurece y el aire frío acondicionado se intensifica.

Ahora Eme no estaba.

Afuera, el aire volvió a soplar fuertemente. Los árboles movían sus ramas como si trataran de ahuyentar un enjambre de abejas que quieren edificar su nido en él.

Todo esto sucede mientras en la oficina oigo a un hombre mascar sonoramente un chicle, cajones que se abren, una joven tararea fragmentos de una canción, dedos pulsan rápido el teclado de la computadora.

Veo el reloj en la pantalla: 4.34, cuento treinta parpadeos y ya son las 4.35, a mi costado derecho un compañero platica por teléfono con su novia, por más que trata de ser discreto y bajar la voz oigo que la quiere, que la invita a cenar, que le gustan sus tetas; una mujer en otro cubículo se ríe, platica en inglés algo sobre el fin de semana y se vuelve a reír. Yo espero que sean las cinco en punto para apagar mi computadora y dejar este clima tibio, enfrentarme al calor de afuera.

En la oficina un hombre de voz grave murmura en inglés algo que no comprendo. Me rodean los ruidos monótonos de la oficina: el sonido de las páginas de algún documento en el instante en el que es hojeado, plumas que se deslizan y caen al suelo o que son colocadas sobre el escritorio. Pisadas de zapatos altos apresurándose para salir. Desayuné un licuado de chocolate acompañado de una cápsula de vitaminas. Nada de pan. Dejé ropa en la secadora, porque era tarde para sacarla y acomodarla en sus respectivos lugares: las camisas en el cuarto de visitas; los pantalones en el cuarto donde duermo. Las áreas de trabajo son iluminadas por una luz tenue amarillenta, lloviendo sobre las cosas, sobre los anaqueles donde las facturas pagadas se almacenan desde hace años. Trato de hacer mi trabajo, pero el sueño me gana. Alguien estornuda. Alguien cuelga el teléfono. Alguien más ríe. Trato de acomodar los papeles. Las actividades pendientes para mañana. No hago nada. No pienso en nada.

Lo más importante que me ha sucedido en estos días ocurrió ayer por la tarde: me compré un barquillo de nieve de pistache, mi favorito, en la cafetería que también es papelería. El sol me mordía el cuello. Sentía cómo la piel se me oscurecía al instante. Los brazos estaban calientes. Me comí el barquillo oyendo la máquina de copias en su monótono procesar de hojas. Es un sonido tenue y suave, como un tipo de mar contenido en engranes y electricidad.

Hay guerras, lluvias de sangres, explosiones y pestes, pero todo es tan lejano, me levanto de mi lugar y veo por la ventana el cielo, veo los cerros y la paz del aire y el polvo es tal que no hace más que tranquilizarme. La hora no importa. La luz amarillenta y los ruidos mínimos que me rodean pueden estar aquí día y noche. Si me desentendiera del reloj, no tendría la menor idea del momento que habito. En este lugar no existe el tiempo. Las lámparas siempre están encendidas. Las sombras no se mueven, no se arrastran ni se esconden o alargan, simplemente están. La temperatura es la misma a cualquier hora del día.

Soñé que venías a la casa y te despedías, me dice Yolanda por teléfono.

¿De verdad?, le pregunto un poco asombrado. Hace como tres semanas que no nos vemos.

Pues así fue, tocabas la puerta, pienso que eran como las once de la mañana, me dabas un abrazo y un beso y me decías que ya te ibas de Juárez.

A Yolanda la conocí hace muchos años y de vez en cuando nos juntamos para bebernos unas cervezas. Recordé la noche cuando en uno de mis sueños salía de mi casa con una mochila. En ese momento siento cómo se me dibuja una sonrisa, «las coincidencias», pienso. No puedo decirle más que estaba sorprendido.

¿Todo bien?, me pregunta. La imagino apoyada en la barra de su cocina, con la cabeza descansando en una de sus manos.

Es que... es interesante. Miro los botones del teléfono, el contador de minutos. Para no ahondar, le cuento que soñé con Eme.

Quizá regrese, me responde más en automático, porque en realidad no le interesa si Eme vuelve o no. ¿Qué vas a hacer por la tarde?

Dormir, le contesto sabiendo que me arrepentiré por haberla rechazado y, aparte, Yolanda desea beber un trago. Si quieres nos vemos la próxima semana, añadí, tratando de corregir mi respuesta.

Tú te la pierdes. Háblame cuando quieras. Date una vuelta por mi depa, nos compramos una pizza y hasta podremos planear tu viaje, su voz suena un tanto burlona.

No pienso viajar a ningún lado, le digo secamente y después de una breve pausa agrego: ¿Qué crees que signifique tu sueño?

Que yo soy la que se quiere ir de Juárez, ahora su voz se oye más relajada, quizá se había recostado en uno de sus sillones. No sé, tengo ganas de verte.

A Yolanda la conocí antes de que Eme apareciera en mi vida. Era novia de un patán que la dejó cuando le dijo que estaba embaraza-

da. El día de la noticia, después de ir al cine, la llevó a su casa y dándole un beso en la mejilla, le pidió que se cuidara. Ella de inmediato supo lo que ocurría y esa noche no pudo dormir. A la mañana siguiente, cuando trató de comunicarse con el desdichado, la mamá lo negó y nunca supo más de él. Afortunadamente para ella, después de pensar bien las cosas y de planear el momento de revelarles a sus padres el secreto, el embarazo resultó ser una falsa alarma que por fortuna le sirvió para deshacerse de aquel tipo.

La conocí en el Murphi's, en medio del excesivo humo del cigarro y las cervezas importadas. Yolanda platicaba con una amiga sobre los superhéroes y no pude evitar incluirme en la conversación.

¿Qué tan destruido podrás estar para convertirte en El Hombre Araña? Si me dieran la oportunidad de serlo, no la aceptaría. Por fuera sería una máscara y por dentro estaría más vacía que nunca, le decía Yolanda a una muchacha obesa con el cabello sobre la frente tratando de ocultar el acné.

Su punto me interesó. Qué tan destruido podía estar uno para ponerse mallas y andar de vigilante sin ser vigilado, el todo poderoso ridículamente vestido y señalado entre las fronteras de un bien y un mal igualmente cuadrados, traspasando una careta contra la que él mismo lucha, auto flagelándose como parte de un sacrificio sin fin, buscando el reconocimiento y al mismo tiempo desdeñándolo.

Todos somos superhéroes, dije, todos nos reflejamos en las vidas banales y aburridas de los otros y luchamos cada mañana para levantarnos y abrir la puerta y salir a donde la vida se hace, me dirigía al moreno y afilado rostro de mi futura amiga.

Discutimos el punto. Al final éramos ella y yo platicando, la otra muchacha se había convertido en la mujer invisible. Al mes de haberme conocido, la gorda y ella rompieron relaciones por culpa mía. Me dejó de hablar porque tenía celos, me dijo Yolanda, a lo que asentí encogiéndome de hombros. Las circunstancias se dieron para que mi nueva amiga se hiciera novia de un tal Arturo, y yo, por ese mismo tiempo conocí a Eme. Aun y cuando nos veíamos esporádicamente para tomarnos una copa, comer juntos o platicar de asun-

tos insustanciales para terminar desnudos en su casa, una vez al darnos un beso ya no funcionó; no se sentía bien y concluimos que nuestra relación había evolucionado, nuestras parejas actuales parecían haber llenado los huecos que cada uno de nosotros teníamos, así que nos habíamos convertido, ella y yo, en simples amigos. No dijimos nada. Esa noche separamos nuestros labios y seguimos bebiendo, así fue durante un tiempo. A los cinco meses dejó de salir con Arturo. Luego Eme se fue de mi apartamento y ahora mi vieja amiga y yo seguíamos juntos.

Si me fuera de esta ciudad trabajaría como mesera por un tiempo. Su voz se oye distante, soñadora. Me iría a vivir a Mazatlán o a Playa del Carmen o de plano vendería mi auto para irme a Canadá. ¿Qué opinas?

Que son demasiadas acciones, me abrumas con tus planes... ¿Me escribirías? ¿O me dejarías a la buena de Dios en esta isla?, bromeo.

Te invitaría a vivir conmigo. Por un momento la idea me parece buena.

Imagino las piernas largas de Yolanda tras un delantal pequeño sirviendo una piña colada, con sus manos delgadas y su sonrisa amplia mostrando esos dientes tan blancos. Pero yo no tengo la intención de dejar esta ciudad. Al menos no todavía.

Son las seis de la tarde y el sol parece un botón naranja, una galleta que podría apretar con la mano y desmoronar sin quemarme los dedos. Una tormenta de tierra cubre el firmamento; «la canícula», pienso. Se escuchan los granos de arena golpear los vidrios y la carrocería del auto, víboras de polvo cruzan las avenidas sin importar que los automóviles las destruyan. Frente a mí, una mujer protegiéndose el rostro con una mascada, busca desesperadamente resguardarse de los ventarrones, de los golpes del aire caliente. De nada sirve, me digo, porque la tierra busca la manera de meterse en los oídos, los ojos y la boca; las micrométricas piedritas rechinan entre los dientes de manera grotesca y desesperante. La mujer cruza apresurada la calle y desaparece al dar vuelta en una de las esquinas.

¿Y qué, si me iba de Juárez?

Acelero y tomo por el boulevard Cuatro Siglos hacia el este, pensando en los diez años que me he levantado a las 5.30 de la mañana para ir a mi trabajo, recordando los sueños que en estos días me han asaltado. El Cuatro Siglos es un malecón que corre al lado del seco río Bravo. Desde uno de los puentes que lo componen se aprecia una amplia extensión de tierra entre los dos países, México y Estados Unidos, y muy al centro resalta el surco llamado trágicamente río que ahora encausa un hilo de agua; se distingue únicamente porque plantas y hierbas opacas sobreviven en él, escapando a la sequía perenne del desierto. De todo ese mar que fue el norte, queda sólo esta hendidura. Más allá, El Paso, Texas, ordenado y fluido, me saluda.

Y si me fuera, ¿adónde sería? diez años institucionalizándome, como dicen los prisioneros en la película *La redención de Shawshank*. Institucionalizado para no hacer nada más que obedecer y tratar de convencer a clientes y proveedores por igual. Nunca me había puesto a reflexionar en todo ese tiempo de escritorio, un tercio de mi vida pisando las mismas oficinas. Pudiera cerrar los ojos y llegar sin ningún problema a mi cubículo. Cada cable, cada conector, cada terminal de cobre platinada envuelta en carretes de diez mil piezas

para ocho mil arneses al día. Despertarme cada mañana para defender las entrañas de los autos. Los cables como venas dañadas, tapadas, como vasos comunicantes unidos por plásticos malformados o hules con remanente que no permiten el vacío por donde se puede colar el agua o relevadores dañados que hacen imposible el buen funcionamiento de los limpiaparabrisas. Miles de dólares para que un auto salga lustroso y funcionando correctamente, llamada tras llamada encareciendo el producto, juntas, boletines urgentes porque los teléfonos no servirán el domingo. Conversaciones telefónicas a las doce de la noche porque en China amanece y los proveedores asiáticos apenas comienzan a llegar a sus trabajos. *Yes, I agree. No, I do not agree.* Hablando inglés y español indistintamente con mexicanos que hablan un inglés más atropellado que el mío o un español apresurado, porque ya van a parar las líneas de manufactura y la producción está atrasada, porque el producto que me vendes no sirve y necesito reemplazarlo de inmediato y necesito que pagues para que segreguen lo malo de lo bueno y necesito que verifiques que todo el material ya enviado a mi cliente (porque siempre hay otro cliente) esté en buenas condiciones, ¿y si el problema ya se fue a los autos?, ¿cómo nos vas a ayudar? Hablando con gringos hasta las tres de la tarde porque ellos están en el tiempo estándar del este y nosotros en el tiempo de la montaña y para ellos las tres de la tarde significan las cinco. Gringos que nunca he visto en persona, unos que considero amigos, como April que me cuenta que no podrá tener hijos y cuida a sus sobrinos con un amor desorbitado. Otros que durante estos diez años han muerto de paros cardíacos o quienes han perdido a sus esposos ahogándose descuidadamente en la tina del baño. *Did you hear about that?*, me preguntan. Otras más que se han divorciado porque descubrieron que sus maridos llevaban a sus amantes a la casa y a la cama donde dormían con ellos. Otros más que se han jubilado, entre los que se encuentran Camile, Víctor, Debra; los primeros hacían más de una hora y media diaria para llegar a sus oficinas y Debra recorría cuatro kilómetros de bosque en Mississipi para alcanzar su casa. Recuerdo